ILSE FUSKOVA: DE ABUELA CON 30 AÑOS DE MATRIMONIO A PRIMERA MILITANTE LESBIANA EN ARGENTINA.

SOY

AÑO 1
Nº 30
3.10.08
DIVERSIDAD
EN PAGINA 12



GRAN TAPADO

A 23 AÑOS DE LA MUERTE DE **ROCK HUDSON**, EL HOMBRE QUE DESTAPO EL TABU DEL SIDA

Electro Grrrls

por GUSTAVO LAMAS



Yelle "Je veux te voir"



Julie Bidet es el verdadero nombre de Yelle, cantante francesa de 25 años que saltó rápidamente de miles de clicks en su myspace a la edición de su primer álbum *Pop-UP*, una síntesis entre pop, electro y el ritmo favela funk filtrado por lo M.i.a. Este tema es uno de los más gancheros. Sobre beats bailables, la letra apunta contra los rapers misóginos de Francia.
www.myspace.com/iloveyelle

Kania Tieffer "Farfouille"



Kania Tieffer es una solista que llega desde Bruselas (Bélgica). En vivo se presenta como una "chica orquesta", manipulando la guitarra eléctrica con los efectos y disparando pequeños teclados mientras canta sus canciones urgentes que, con suerte, superan los dos minutos, como en este "Farfouille" de su último álbum *Uhhh*, del año pasado. Allí se la puede escuchar con su audio low-fi mixturando ritmo a go go con guitarras chirriantes y canto delirante.
http://www.myspace.com/kaniatieffera-gainstthemachine

Electrocute "On the Beat"



Otro dúo de chicas pseudo punkitas comandado por la yanqui Nicole Mourier con la colaboración de la austríaca Mia Dame. Aparecieron en medio de la ola electroclash, y ahora que con los new ravers y otras yerbas se vuelve a reivindicar ese electro desfachatado, regresan al ruedo con un nuevo EP: *On the Beat*, cuyo tema principal y homónimo se puede conseguir de manera gratuita en varios sitios de la red.
www.myspace.com/electrocute

Toxi Lipstick "Horse 4 Eva"



Dúo electro/punk de australianas que se alternan entre alaridos y voz chillona, sobre beats programados que llegan al estrepitoso break-core. Integrantes de la escena mundial de electrónica freak, ya van por su tercer álbum, *Popping*, para el sello Dualplover. Este "Horse 4 Eva" es una muestra del disparate de su propuesta sonora. En él se funden sonidos de game boy, relinchos de caballo, rap y ritmos aceleradísimos.
www.myspace.com/toxiclipstick

Chicks on Speed "Art Rules"



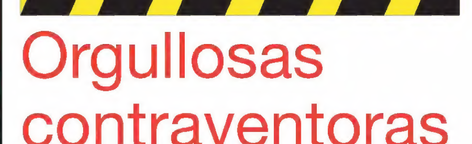
Este es el single de regreso de las Chicks on Speed, las chicas que a principios de esta década nos hicieron mover al ritmo de temazos como "Glamour Girl" o "Europe Trash Girl". En este tema vuelven a ponerse poperas. Sobre una pista que suena a los primeros Pet Shop Boys, rapean y despotrican contra los clichés del mundo del arte "avant garde".
www.myspace.com/chicksonspeed



ContraVentora

La Ciudad Travesti

BASTA de exclusión social, persecución policial, violencia transfóbica, humillación, ridiculización de Travestis, Transgéneros y Transexuales de Buenos Aires y todo el país



Orgullosas contraventoras

La gráfica es casi idéntica a la que el gobierno de la ciudad ha elegido para publicitar sus obras públicas y por eso hay que hacer un esfuerzo para distinguir de que se trata esta intervención callejera que puede aparecer en cualquier lado –un semáforo, un poste de luz, en las vallas que cortan el tránsito– y sirve para poner luz sobre esa zona en la que nadie quiere mirar: la exclusión de travestis y trans de los lugares de trabajo, de las oportunidades de estudio; y su reclusión en las zonas rojas que aunque no estén declaradas como tales así funcionan. Cuanto más alejadas e inseguras, mejor. Por eso las chicas sí se quieren hacer ver y por eso, entre muchas otras iniciativas, ahora se apropiaron del amarillo semáforo para denunciar la exclusión social, la violencia, la humillación y la ridiculización que sufren a diario travestis y trans. Más información sobre estas actividades: somoscontraventoras.blogspot.com

Festejo en continuado

Buena semana la que pasó, aun cuando el capitalismo haya explotado y unx asista con estas mechas al nacimiento del mundo nuevo. Lo bueno estuvo del lado de unas cuantas noticias para destacar y que se vienen acumulando: por fin empezó a cobrar Alfredo Pascale, el viudo que logró modificar la reglamentación del Anses y convertir en derecho la pensión para parejas del mismo sexo; una transexual logró que se modifique su dni para adecuarlo a su identidad de género sin necesidad de cirugías cruentas –aunque le exigieron la castración química, no vaya a ser que algún día aparezca un niño con dos madres biológicas–; en Morón ya existe la unión civil para personas del mismo sexo y, como frutilla de la torta, ¡la Legislatura de la provincia de Buenos Aires derogó por fin los edictos que penalizaban a homosexuales y travestis! En fin, cada cual sabrá qué hacer ahora que se acaba el mundo... capitalista.



Una de las páginas web en las que se ofrece una "cura" para la "heterosexualidad herida".

Lobo está

Con un título que podría servir de piel de cordero para enmascarar a la fiera, la Universidad Católica de Salta propone un seminario que empieza y termina mañana mismo: Perturbaciones en el Desarrollo Psicosexual. Pero los colmillos empiezan a asomar detrás del disfraz con sólo dar un vistazo al currículum de –al menos– la primera de los disertantes: la Prof. Dra. Mabel Guzzo de Borghetti, a quien la Ucasal presenta con orgullo como directora, desde 1994, de Retorno a la Vida (Movimiento Cristiano de Ayuda para la Reorientación del Homosexual). Como su nombre lo indica, este movimiento se inscribe en la corriente de quienes piensan que la homosexualidad es un desvío del camino recto y que es posible volver a él. Heridas emocionales, necesidades afectivas insatisfechas y traumas sin resolver serían las causas de la homosexualidad, causas que pueden corregirse o –en palabras de la doctora Borghetti– "sanar la herida de la heterosexualidad". Porque, claro, esta gente se cuida de afirmar abiertamente que la homosexualidad sea una enfermedad –aunque incluso ofrecen medicación para contener el impulso de ver pornografía gay–, para no contradecir a la Organización Mundial de la Salud, que desde 1990 –sí, se tomaron su tiempo– la eliminó de su lista de patologías. Sin embargo, el camino que ofrece Retorno a la Vida habla de una vida más feliz –la otra sería desdichada–, integrada en la sociedad y otra serie de sandeces que hace que el disfraz de cordero se deslice cual peluca mal agarrada al viento. En definitiva, con el bello nombre de Retorno a la Vida están declarando sin empacho que del lugar del que podrían reintegrar a quienes acudan en pos de su ayuda no hay nada demasiado vital. He aquí de lo que se trata el seminario de la universidad salteña, ya que el otro disertante es el Lic. Esteban Borghetti, esposo de la señora Mabel, además de pastor evangélico, a quien se lo escuchó disertar a las puertas de la Legislatura porteña cuando en 2004 se intentó aprobar un proyecto sobre educación sexual. "La homosexualidad está fuera del diseño que Dios le ha dado a la sexualidad", publicó la revista *Notivida*, en su momento, las compasivas palabras de Borghetti. Nada de esto llama la atención: se trata de una universidad católica, al fin y al cabo, y quienes acudan a tal seminario lo hacen bajo su responsabilidad. El problema está en la segunda línea del currículum de la "Prof. Dra.", la que habla de que Guzzo de Borghetti es la directora del Departamento de Psicología del Centro de Adolescencia y Sexología del Hospital Rawson, "primer centro nacional piloto de atención al adolescente y modelo para todo el país". Y allí, como es fácil intuir, no va quien quiere si no quien necesita y no precisamente en busca de un retorno a la vida heterosexual. He aquí tarea para las autoridades competentes: que no haya lobos atendiendo adolescentes.

pd

Un capítulo para la familia queer en el libreto del Estado

Viendo desde el punto de vista de lo que la legislación llama familia, padre, madre e hijos, una pareja del mismo sexo no puede conformar una, ya que está específicamente determinada cómo debe conformarse.
Yendo más atrás en el tiempo, la conformación de la idea de familia surge por un interés societario y, como no podía ser distinto, no sólo apoyado sino ideado por la Iglesia Católica. Con el tiempo fue conformando la base de los Estados Nación, la célula de la sociedad elemental. En fin.
En lo que respecta a la unión civil lo veo como una a favor de los beneficios sociales a las parejas del mismo sexo y en el caso de que una de ellas desaparezca físicamente, pero de ninguna manera reemplaza la función de la familia hétero en la sociedad, por lo menos hasta ahora. Para alcanzar o para tender a la igualación, lo que buscan los individuos en toda sociedad, creo que permitir adoptar o criar hijos propios a las parejas del mismo sexo, con todas las ventajas legales que la legislación da, sí sería un logro, por supuesto acompañado con todos los cambios legales que esto implicaría.
Dentro de todo Estado tiene que estar explícito en los papeles, es decir en leyes y normas, si bien el amor y los besos y abrazos y muchos etcéteras, son necesarios hacia el interior, en un Estado y sociedad tienen que ser contractuales; sí, como un contrato entre la pareja y el Estado, delimitado o enmarcado en leyes o normas. Lo que no está en el libro que reglamenta al Estado no existe.
Considero que bregar por escribir nuestro capítulo en ese libro debe ser el objetivo como parte de la sociedad y dentro de ella como la comunidad de los que nos gustan las personas del mismo sexo o ambos.

Luis

cartas a
soy@pagina12.com.ar

Dar la cara

No estaba programado para héroe, bastante le había costado ser el prototipo de la masculinidad *for export.* Cuando en 1985, muy poco antes de morir, **Rock Hudson** anunció al mundo que tenía sida, le puso rostro a una enfermedad que hasta el momento no tenía nombre y dejó abiertas las puertas de un gigantesco closet. Guste o no, existe un antes y un después de Rock.

Texto
Liliana Viola

El triángulo de la felicidad: Doris, Rock y Linda

Ser feliz en los '60 era parecerse a ellos. Ni liberados, ni militantes, ni existenciales: felices. Doris Day y Rock Hudson fraguaron un molde cómico y romántico de pareja, con el codo apoyado en la revolución sexual y el resto del cuerpo en la moral puritana. Rock y Doris: células de la célula de la sociedad, dupla picante, pero sana. Ella, rubia y cantarina; él, apuesto, varonil, muy varonil, metro noventa, voz ronca, irresistible, ocho años consecutivos (entre 1957 y 1964) figurando en el top ten de las estrellas más amadas. Pero no hay molde que haya durado mucho en el siglo XX. Así es que en los '80 la diversión de la familia se volvió camp. Si se busca una serie con estética gay furiosa, allí está *Dinastía*: con los vestidos más brillosos y ridículos que jamás se hayan visto en televisión, un elenco plagado de divas furiosas (no olvidar que Linda Evans, la buena, casi mata en serio a Joan Collins, la malísima, de un empujón demasiado verídico), maridos elegantes y hasta un hijo gay, Steven, dolor de cabeza del padre (John Forsythe) y regalón de la mamá (Collins), que como toda diva que se precie apañó al nene cuando éste dejó a su pérfida esposa por el atractivo Luke y disfrutó cuando ambos se dieron el escandaloso beso en la pantalla familiar. Pero no hay éxito que dure tanto y así fue que los empetrolados Carrington, luego de cuatro años de fidelidad, necesitaron calentar la pantalla con otro beso.

Hora de que vuelva Rock a escena. Sólo un auténtico macho, derroche de testosterona en la sonrisa y en esa espalda de cargador de pianos tan peinado podía poner un poco de orden en esta caja de locas y de paso hacer tambalear a la secretaria joven devenida Sra. Carrington. El objetivo de Rock (Daniel Reece): venir, besar, vencer. Romper la farsa, patear el tablero. Ni él mismo, ni los productores, ni el público, ni la pobre Linda Evans tenían idea de hasta qué punto iba a cumplir con lo que le estaban pidiendo.

El beso de la muerte

Dejó todo con tal de estar allí. Y todo, en ese momento, era un costosísimo protocolo que bajo la tutela del doctor Dominique Dormont le administraban con bastante éxito en París. Experimentaban con una nueva droga (HPA-23) contra el "cáncer rosa" que le habían diagnosticado hacía más de un año. El mismo cirujano que en 1981 lo convenció de hacerse su primera estética le había ordenado una biopsia por esa mancha roja en el cuello. La encargada de darle el resultado lo llamó por teléfono a su mansión, "El Castillo", y le preguntó si estaba sentado. Después, recordaría Hudson en las memorias que dictó a Sara Davidson, la voz siguió así: "Será mejor que se siente, es un sarcoma de Kaposi. Tiene el síndrome de inmunodeficiencia adquirida". Cuando consultó a otro médico sobre si la enfermedad era terminal, recibió un parlamento de película mala: "Si yo fuera usted, ya mismo estaría poniendo mis asuntos en orden". Cuando llegó la propuesta de participar en unos capítulos de *Dinastía*, Hudson estaba en el inicio de ese tratamiento, sin que nadie más que tres amigos muy íntimos lo supieran. Le ofrecían 2 millones y medio de dólares que no iba a poder gastar. Era la oportunidad de despedirse de su público, amas de casa desesperadas por él, y provocarles, como antaño, el deseo imposible, el suspiro ardiente. Dejó todo y voló hacia los sets de Los Angeles.

La escena del beso llegó en marzo de 1985: Krystle Carrington, que viene resistiendo al acoso del galán en sucesivos capítulos, se cae del caballo, está más vulnerable que nunca. Daniel Reece intenta ayudarla, se agacha y ahí, tan cerca los labios, se funden en un apasionado beso que los hace rodar por el piso como dos bestias en celo. ¡Corten!

Ni Linda ni el director podían creer lo que estaba pasando: el plato fuerte de la temporada, por culpa de Rock, se convertía en un trámite anodino, beso casi casto que en nada se parecía a los que había dado en



sus tiempos mozos, incluida la misma Linda. La escena se repitió una vez más, pero no hubo caso. Cuando apenas unos meses más tarde, el 25 de julio de 1985, desde París, se transmitía al mundo el anuncio oficial en la voz de su publicista Yanou Collart: "El señor Rock Hudson tiene el síndrome de inmunodeficiencia adquirida, que le fue diagnosticado hace más de un año en los Estados Unidos", este beso mezquino cobró sentido.

Nace el sida

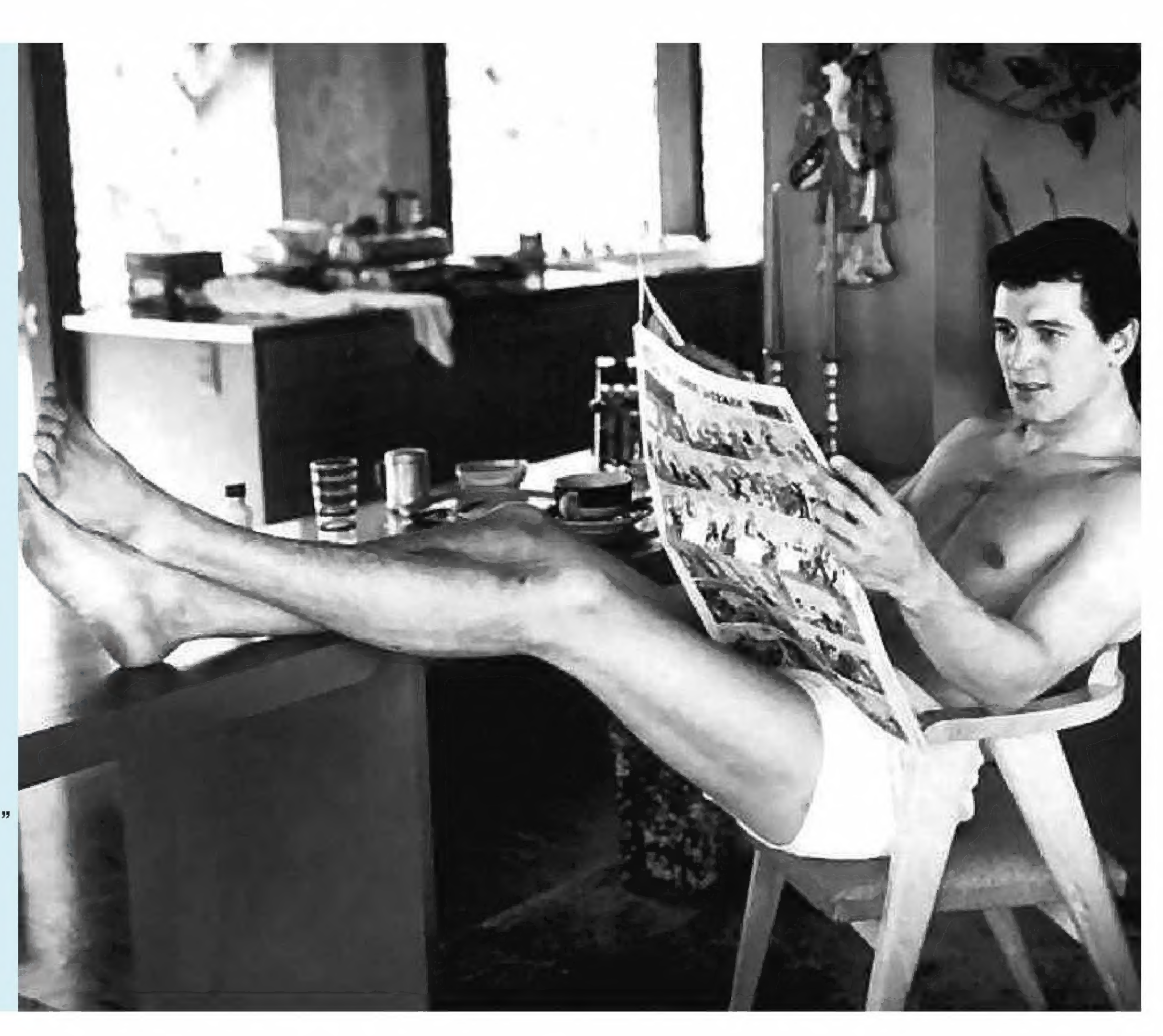
Fue el primer indicio de hasta qué punto la llegada del sida iba a modificar las relaciones sexuales, amorosas, entre colegas, entre Estado y ciudadanía, y más. Linda Evans sintió, al menos hasta que tuvo los resultados de los análisis, el fuego del infierno, y no lo pudo disimular. ¿La había besado sabiendo que estaba enfermo? Había que hacerle juicio, había que matarlo. ¿Cómo? Ya estaba muerto. Se forjaba aquí la silueta del "sidoso" vengativo capaz de recurrir a los métodos más bizarros, como dejar agujas en teléfonos públicos o eyacular en ensaladas con tal de contagiar, y de quien había que cuidarse escondiendo los cepillos de dientes que hubiera en el baño. Rock había preguntado a sus médicos antes de hacer la escena y le habían dado permiso para besar. Extremó los cuidados, casi no abrió la boca. También nacía el mito de que todo contacto contagia, la saliva, el aliento, la caricia, la proximidad en el trabajo.

El beso de la infidelidad recorrió el mundo y fue repetido por TV con la misma obsesión que el primer paso del hombre en la Luna. No era para menos. Registro único del instante en que un hombre, no cualquiera sino el paladín de la heterosexualidad se transformaba en gay, así, homosexual como era, besaba a una mujer (¡a la Sra. Carrington!) y con esto le pasaba la posta rosa al hemisferio hétero que había mirado para otro lado mientras un mal sin nombre liquidaba pervertidos.

El actor, que declaró alguna vez "siempre he querido mantener mi intimidad. Nunca quise escribir un libro, ni permití que tomaran fotografías de mi casa y nunca he dejado que el público sepa lo que pienso", salió del closet en un tiempo en que ni siquiera había closet, tuvo sida cuando sólo había sarcoma de Kaposi y, por más que mucho en esto haya actuado la casualidad, hizo avanzar años luz el trabajo de la militancia. El público, más allá de lo que quisiera hacer o pensar, reaccionó. Para bien y para mal. Como señala Carlos Monsiváis: "El prejuicio domina la primera etapa, enloquece a muchísimos enfermos y enferma la información. Durante sus ocho penosos años, el gobierno de Ronald Reagan hace lo imposible por no entender y por no actuar. Ya es una gran hazaña de Reagan llamar por teléfono a su gran amigo Rock Hudson y hasta allí le alcanza su apertura de criterio (supongo que el teléfono se desinfectó antes y después). Se extiende en los medios la descripción del sida como enfermedad moral. Como operación de asepsia, se enfrenta la pandemia con estadísticas, técnica aún ahora prevaleciente. Mientras tanto, como señalaba entonces Bruce Decaer, el responsable del área de salud de California, "entre que anunció su enfermedad y el día en

¿La había besado sabiendo que estaba enfermo? Había que hacerle juicio, había que matarlo. ¿Cómo? Ya estaba muerto. Se forjaba aquí la silueta del "sidoso" vengativo capaz de recurrir a los métodos más bizarros

“Lo más duro que me tocó hacer en mi vida fue entrar a su habitación y leerle el comunicado para la prensa. Nunca voy a olvidarme de su cara. Cómo explicarlo... Muy poca gente sabía que él era gay. En sus ojos se leía que estaba destruyendo su propia imagen. Cuando terminé de leérselo, sólo dijo: ‘Está bien, tírenselo a los perros, es lo que hay que hacer’”
Yanou Collart



que murió, en tres meses se recaudó más dinero para luchar contra el sida que en los anteriores tres años”. El día en que una víctima famosa “le ponía una cara al sida”, el Parlamento americano destinaba 189,7 millones de dólares para buscar un remedio. Rock dejaba para la causa gran parte de su herencia, incluidos los derechos de la autobiografía que jamás habría querido escribir. En el lecho de muerte, Elizabeth Taylor construía la columna celebrity de esta nueva cruzada, enunciando un epitafio que no por obvio dejó de ser mantra: “Que la muerte de Rock no haya sido en vano”.
El cholulismo, gran catalizador, consiguió inspirar más compasión que condena. Uno de los nuestros tiene sida. Uno de los nuestros es gay. ¿Dos enunciados falsos? Dos sensaciones térmicas que se instalaron bien en el fondo de los corazones criados a imagen y semejanza de Doris y Rock. Pocos días después del anuncio se organizó en Los Angeles una gala de honor para recaudar fondos: en una noche juntaron más de un millón de dólares con la venta de entradas; Hudson no pudo asistir, pero envió un telegrama que leyó Burt Lancaster: “No me alegra tener sida, pero si esto puede ayudar a otros, al menos mi desgracia tendrá algo bueno”.

¿A quién no le gusta ese closet?

Primero dijo que estaba a dieta, luego que estaba haciendo mucho ejercicio. Más tarde, que sufría de anorexia. Según Yanou Collart, “lo más duro que me tocó hacer en mi vida fue entrar a su habitación y leerle el comunicado para la prensa. Nunca voy a olvidarme de su cara. Cómo explicarlo... Muy poca gente sabía que él era gay. En sus ojos se leía que estaba destruyendo su propia imagen. Cuando terminé de leérselo, sólo dijo: ‘Está bien, tírenselo a los perros, es lo que hay que hacer’”. Aun así, más tarde quiso instalar la idea de que se había contagiado por una transfusión de sangre. No quería hacer lo que estaba haciendo. No tenía atrás una historia militante sino una carrera basada en la ficción. ¿Tantos besos mentidos para nada? ¿Quién querría?
Antes de la oferta de *Dinastía* le habían ofrecido el papel de Gene Barry en *La jaula de las locas*. Dijo que no. Jamás representó el rol de homosexual, ni en cine, ni en televisión. Sólo con sus amigos, en su castillo, en bambalinas, con amigas, cuando salía por las calles sin el menor disimulo a buscar chongos. Vivió en una época en que Hollywood respetaba la intimidad que pudiera hacer perder el negocio. Su secretario recuerda que, cuando le dieron el diagnóstico, le dijo: “Espero morirme de un infarto antes de que la gente se entere de esto”.
Muchas enamoradas habrían aceptado la hipótesis de la transfusión. Tal vez en los ’60, antes de Stonewall, habría sido posible seguir con la farsa; ahora ya era tarde. Al día siguiente del anuncio, el escritor, activista por los derechos de los gays y ex amante ocasional, Armistead Maupin, publicaba en su columna del diario *Chronicle* de San Francisco, intimidades y escenas sexuales de Rock con lujo de detalles mientras acotaba, como reproche y justificación, que “nunca me pareció interesado por el tema de los derechos de los gays”, y le rendía un homenaje confesando que su corta relación con el actor había servido para reconciliarse con su mamá: “Le conté a mi madre que estaba saliendo con Rock; si eso no me redimía, nada lo haría”.
Rock Hudson vivió en un closet de lujo desde que empezó a triunfar en Hollywood. Todos los hombres que se le antojaron pasaron por su cama. Fiestas faraónicas en “El Castillo”, corridas nocturnas y un aparato de prensa cuidadoso sirvieron para mantener oculta la doble vida. Un novio de años, los secretarios personales, los amantes golondrina, las estrellas, la exótica presencia del jardinero japonés y la piscina, el baño turco, el gimnasio, varios cocineros, el mayordomo que se paseaba

Esculpiendo la "rocka"

No se llamaba Rock Hudson. Cuando nació en Minnesota en 1925 le pusieron Roy Harold Scherer Jr, pero cuando su padre lo abandonó y su madre se casó de nuevo, pasó a llamarse Roy Fitzgerald. No siguió estudios académicos. Cuando intentó estudiar teatro, lo rechazaron por duro. Los 90 kilos y el metro noventa de altura lo habilitaron para desempeñarse como cargador de pianos. Otra changa, la de camionero, le permitió llegar a Hollywood y cruzarse con el productor Henry Wilson, gay orgulloso que declaraba su amor a los muchachos con talento o algo similar y, en la mayor parte de los casos, les conseguía una puerta a la fama. Con Rock tuvo que trabajar mucho. El muchacho siguió todos los consejos de su agente: tomó lecciones de actuación, cambió su guardarropas, practicó esgrima, levantó pesas en el gimnasio, bajó de peso, aprendió a caminar sin encorvarse y se sometió a un dentista que le confeccionó un dentadura acorde con su futuro rol de hombre feliz. La voz, un tanto afeminada, se curó con sesiones de gritos durante meses, hasta que casi le explotan las cuerdas y quedó ronco para siempre. Cuando estuvo listo, Wilson le cambió el nombre. Tenía que ser fuerte como el peñón (la roca) de Gibraltar e impetuoso como el río Hudson. Sí: así de ridículo nació Rock Hudson.



en toallita cargando a la perrita Zil Tsu armaron una fiesta secreta. De haberlo sabido, qué alivio habrían tenido tantos hombres heterosexuales que trataban de imitarlo en vano. Cuánto se habrían preguntado las mujeres acerca de sus gustos y la masculinidad. El súmum de lo varonil estaba construido a fuerza de golpes y make up por un agente que se había acostado con él. Cada desastre matrimonial de Hollywood era cargado a su cuenta y cuando la verdad estuvo a punto de destaparse, le arreglaron un casamiento con una ingenua secretaria que, al mejor estilo Lady Di, creyó que tendría el amor del príncipe. "Acá hay muchos rumores —le dijo Hudson en la primera salida—. No vayas a creer jamás ninguno." Phyllis Gates, la secretaria y esposa, tardó 3 años en pedir el divorcio y hubo que pagarle una indemnización de por vida para que no hablara, aunque no faltaron las lenguas del show business susurrando que ella era lesbiana y que el matrimonio había sido un arreglo desde el principio. De cualquier modo, en 1989, Phyllis se hizo unos pesitos más publicando *Mi vida con Rock*, donde explica todo lo que Rock no era.

La traición del final

Si algo faltaba para que su historia se consagrara como abecé de los tiempos del closet más cerrado, era la traición de algún oportunista. Marc Christian, un amante mucho más joven, fue quien terminó de sacar a la luz todas las intimidades a la escena más patéticamente mediática. El joven había llegado a su mansión promediando la década del '70, cuando un cincuentón Rock Hudson comenzaba a ver su declive.
Frente al entrevistador estrella Larry King, Marc Christian contó que estaba en el living de la casa de Rock cuando escuchó en la tele que la secretaria francesa de su amante anunciaba que tenía sida y que lo habían diagnosticado un año atrás. Apenas Rock volvió de París, el entonces treintañero le preguntó por qué no se lo había dicho antes: "Cuando tenés una enfermedad como ésta, estás solo", le contestó el actor. Marc no se dejó conmover. Esperó sigilosamente su muerte y también la apertura del testamento. Cuando vio que no había nada para él y sí para dos íntimos amigos, George Nader y Mark Miller, que lo habían acompañado durante 35 años, hizo desenterrar el cadáver.
En un primer juicio celebrado en 1989, el amante del actor obtuvo inicialmente 21,75 millones de dólares por daños y perjuicios, pero el tribunal de Casación redujo la cantidad a 5,5 millones. El tenaz demandante no se dio por satisfecho con esta cantidad, y en un segundo juicio logró que se admitiera la zozobra psicológica sufrida ante la perspectiva de "una muerte lenta e inexorable". Un fallo eminentemente moral, sobre todo si se tiene en cuenta que los sucesivos test de VIH de Marc habían dado negativo al menos hasta cinco años después de la muerte del actor.
Rock Hudson sabía que esto iba a pasar, que su intimidad sería ventilada de alguna manera y es probable que eso lo empujara a decir la verdad públicamente, poniendo su cara y su historia a una enfermedad que marcaría el fin de siglo.
Luego decidió morir en su ley, en "El Castillo". Por eso, 4 días antes abandonó Francia y el tratamiento que le habían propuesto pesando menos de la mitad de los 90 kilos que le habían dado la gloria. Contrató un Jet 747 para volver a Beverly Hills. Le costó 300 mil dólares. "Es el mismo presupuesto que me dan a mí para cuatro años de investigación", comentó entonces el Dr. Dormont, mientras despedía a su paciente —su fracaso— más famoso. De todos modos, la brutal salida del closet del macho prototípico norteamericano cambió la historia del sida y obligó a buena parte del *star system* a comprometerse con una campaña que todavía no ha terminado.



A los cuatro vientos

Fue la primera militante lesbiana visible ante las cámaras de televisión. Desde finales de los ’80 asistió a cuanto programa la invitaron, pero fue su almuerzo con Mirtha Legrand, a comienzo de los ’90, el que la hizo un icono imborrable para la memoria popular. Autora junto a su pareja, Claudina Marek, de *Amor de mujeres*, Ilse Fuskova disfruta con serenidad de una vejez que defiende como un estado de gracia.

texto
Paula Jiménez
foto
Sebastián Freire

¿Cuándo fue la primera vez que te sentiste atraída por una mujer?

—En el ’85, en Brasil, me enamoré de una militante española. Fue fuertísimo. Estuve casada 30 años, tengo 3 hijos, pero esa atracción no la había imaginado nunca. Yo tenía 56. Jamás me volví a enamorar de un varón. Durante aquel maravilloso encuentro de mujeres en Bertioga, no sólo yo sino muchas mujeres argentinas se descubrieron lesbianas o bisexuales. Eramos dichosas en ese clima exuberante, bailábamos a la noche en la playa y tomábamos caipirinha. Todo eso influyó.

¿Qué te impulsó a convertirte en una lesbiana pública?

—Fueron caminos que se me dieron y que no busqué. Después de Bertioga, viajé a Berlín a ver mi hijo, y al año siguiente a San Francisco. En ambos lugares vi esa realidad de las lesbianas. Estaban orgullosas. No disimulaban para nada: al contrario. Y a mi regreso, ya separada e independiente económicamente, no sentía ningún temor. Así que cuando me llamaron para participar de un programa televisivo no lo dudé. Traía conmigo la imagen positiva de EE.UU. y Alemania, y el bagaje teórico, porque yo leía muchísimo. Me dije: ésta es una opción para todas las mujeres, no sólo para mí.

¿Qué opción, la de hacerse visible?

—La de compartir sentimientos profundos con otra mujer. Me sentí liberada. Era como abrir la puerta de una prisión donde sólo la heterosexualidad era opcional, y en la que si había una relación lésbica tenía que ser en absoluto secreto. Yo sentí que de golpe tenía libertad, información y un gran deseo de gritarlo a los cuatro vientos. Esto fue lo que me dio fuerzas para convertirme en una lesbiana pública. Esto, y un grupo de estudio donde leíamos a Adrienne Rich, su texto *Lesbianismo y heterosexualidad obligatoria*.

¿Conociste a Rich?

—Sí, en una reunión política en Estados Unidos. Entró al salón sosteniéndose en dos bastones —tiene problemas de artritis— y cuando me dijeron que era ella, me acerqué y la abracé. Se quedó cómo preguntándose qué personaje enloquecido sería yo —porque las norteamericanas no son tan efusivas— y entonces le conté que su texto era como una biblia para nosotras, las argentinas.

Rich también estuvo casada, se separó y se enamoró de otra mujer, y a partir de un momento fue atravesada por una conciencia que modificó para siempre su vida íntima y su vida pública, ¿te sentías identificada con ella?

—Sí, pienso que sí. Creo que cada tanto en las sociedades hay como un espíritu revolucionario que amplía las mentes y empuja a abrir el espacio social. Y a nosotras nos agarró esa ola. Seguro que ella no podrá explicar exactamente. Es sentir que de repente algo te lleva en una dirección. En todo momento revolucionario aparecen ciertas vidas que hacen más visible ese atreverse al cambio. Yo creo que esto está más allá de la decisión propia. Y no es sólo una tarea personal. No se pueden dar clases para hacer ese camino. Es algo sutil, funciona a nivel de la intuición.

Los debates que se armaban en la televisión en los ’90 cuando vos aparecías, mirados desde el 2008, se ven toscos y conservadores tanto de parte de la audiencia como de los conductores. ¿Cómo hacías para responder tan tranquila?

—Me sentía muy segura, no tenía dudas de que eso debía ser dicho y que yo estaba en una situación de libertad. Ni siquiera consulté a mis hijos si ir o no ir a la tele. Eso estaba más allá. Yo lo sentí como una apertura de conciencia social y no podía no hacerlo. Cuando fui al programa de Mirtha Legrand en el ’91, mis propias compañeras feministas me decían: no vayas, te van a querer humillar. No las escuché, asistí a pesar de todo, y fue buenísimo. Terminó el almuerzo con 36 puntos de rating. ¡Con qué seguridad hablé! De alguna manera, yo desarmaba los argumentos de Mirtha. Agradezco haber podido hacer ese camino.

Además aquello te encontró con Claudina...

—Exacto. Porque Mirtha me preguntó de qué origen era mi apellido y le contesté que uso el de mi madre, Fuskova, porque mi familia paterna no quería que usara el de mi padre. Claudina, que también es de origen checo, empezó a escribirme, y yo, que no contestaba la mayoría de las cartas, a ella sí le respondí. Y mirá si no estarían las cosas ya planeadas —por llamarlas de alguna manera— que ella, que en ese momento estaba con mucho trabajo, aquel día se había enfermado y pudo ver el programa. Hay casualidades que no lo son tanto. Si Claudina no se hubiera enfermado no lo hubiera visto. A los seis meses de eso empezamos a convivir y hace 16 años que estamos juntas.

¿Cómo se concretó la publicación de *Amor de mujeres*?

—También: pura casualidad. Claudina y yo nos decíamos: necesitamos escribir nuestras historias. Yo venía del entorno cultural porteño, donde se suponía que circulaban ideas nuevas, y sin embargo no me descubrí lesbiana hasta los 56 años. En cambio ella, que venía de una pequeña ciudad de Entre Ríos, lo sabía desde los 5. Entonces, pensamos, podía ser muy interesante ver cómo se entrelazaban estas dos vidas. Primero escribimos para fotocopiar y repartir, y después nos pareció que estaba tan lindo que fuimos a tres editoriales con el texto. A los 15 días nos llamó Planeta y firmamos contrato.



Mis propias compañeras feministas me decían: no vayas, te van a querer humillar. No las escuché, asistí a pesar de todo, y fue buenísimo. Terminó el almuerzo con 36 puntos de rating. ¡Con qué seguridad hablé! De alguna manera, yo desarmaba los argumentos de Mirtha.

¿Cómo ves con el paso de los años la situación de las lesbianas?

—Se ha abierto un espacio muy grande. Por un lado la visibilidad es mucho mayor, aunque todavía una maestra no pueda decir que es lesbiana. Una mujer artista sí. O una mujer como María Moreno puede mostrar lesbianas en la televisión. Ahora, yo me pregunto ¿por qué había poquísimas mujeres en el casamiento de Piazza? Porque todavía les cuesta, incluso a los hombres gays, darnos un espacio.

¿Y no pensás que las mujeres tienen temores o pruritos ante la visibilidad?

—Creo que no es fácil decirlo todavía. Se podrá decir casi con seguridad a nivel académico, o en espacios privilegiados. Pero eso lo tiene que calibrar cada persona. Claudina y yo ya no corremos riesgos en ningún lado por decir que somos lesbianas. Mi experiencia es que cuando lo decís con convencimiento te respetan. Nosotras hicimos la Escuela de Bellas Artes y allí lo dijimos en todas las cátedras. No hubo ningún problema, incluso hicimos circular material teórico y la gente se acercaba para tener más datos.

¿En qué consistían los *Cuadernos de existencia lesbiana*?

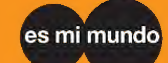
—Al principio fueron historias personales. Compañeras que no estaban dando la cara prefirieron hacerlo así, contando cómo se habían desarrollado esas relaciones, qué peligros sentían. Pero también era necesario hacer circular material teórico. Y yo traduje del alemán, del francés, del inglés, textos de lesbianas europeas y estadounidenses. Los cuadernos inaugurales los editamos con Adriana Carrasco. Eran fotocopias, y estaban escritos con máquinas de escribir. Los primeros compradores fueron chicos gays: Cigliutti, Ferreyra, Carlitos Jáuregui. Ellos querían tener un pensamiento feminista e hicieron un gran trabajo. Más tarde los vendíamos en encuentros, o en acciones callejeras. Las feministas los compraban y las otras también, pero a veces ponían excusas: "Lo quiero para una amiga", o "tengo una hija confundida". Mi sueño es sacar los 17 números juntos.

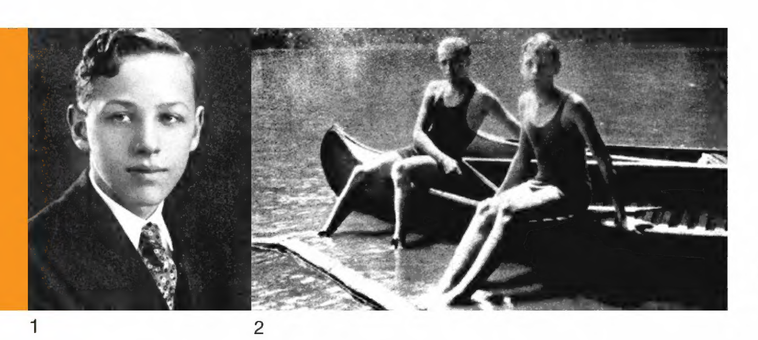
¿Cómo te sentiste al abrir el encuentro de lesbianas de Rosario?

—Fue muy emotivo ese recibimiento que me hicieron, como un homenaje. En el encuentro había muchas mujeres grandes que me saludaron con lágrimas en los ojos, y comprobé que, en efecto, mi accionar estuvo bien, fue necesario y oportuno. Además aquél fue un proceso personal del que no salí lastimada. Yo tuve una vida muy rica, hecha de relaciones, de conocimientos. Y tuve también una búsqueda espiritual. Y cada vez me acerco más a una intuición de un sentido del todo.

Justamente, tu poema "La isla" comienza diciendo "Lo que de la tierra más amaba/ volvía a encontrarlo en otro cuerpo", dando una idea de integración...

—Me gusta lo que me señalás. En este momento estoy muy interesada y leo mucho sobre tecnología: ella nos ha permitido conocer el cosmos como hasta ahora no se lo conocía. La tecnología es parte de la naturaleza y del crecimiento. Y la que hoy explora el cosmos es conmovedora. Hay todo un movimiento religioso alrededor de eso. Oraciones en las cuales se habla tanto del Cristo cósmico como de la teoría cuántica. Las cosas se van desplegando, así como la sexualidad. Hoy en día hay gente que en mitad de su vida se hace transgénero, y en este momento, en un hospital de Buenos Aires, se asiste a 60 personas que están cambiando de sexo. Están en otro nivel, y a mí me parece conmovedor. Otro tema que me fascina y que tiene que ver con esto y con las mujeres, es el tema de envejecer. Hoy sabemos que envejecer no es que se te mueren las neuronas. Sólo algunas. Estas hacen lugar para que las que quedan se expandan, ocupen espacios y se interconecten de una manera que una persona joven no puede, lo cual da una capacidad de ver la realidad y la propia vida de modo diferente. Nos anulan los mensajes sociales que dicen que una mujer que envejece es prácticamente descartable. Yo creo que ésa tiene que ser la lucha: por la autoestima de envejecer hasta que seamos llamadas y llamados a otros planos. Porque parece que la vida digna de una mujer termina en la menopausia, después se opera, se rellena. El otro día escuché esta frase: *El alma tiene, el yo quiere*. Es decir que al alma no le falta nada, pero el yo sale a comprar. Entonces a las mujeres grandes, si aceptamos el proceso de envejecer, cada vez nos van a vender menos cosas. Como antes la opción lésbica, hoy defiendo el derecho a envejecer.





1 2

1.Una imagen del álbum de la secundaria.
2. En primer plano, junto al agua en los Ozarks.
3. Un escritor en crisis, foto tomada por Karsh en el departamento de Nueva York.

Autopsia parcial de un pájaro

Así, Bird, lo llamaban sus conocidos: una corte que incluía a los elencos que daban vida a sus obras y hasta el séquito jamás desinteresado de la crítica teatral. De Tennessee Williams se conoce la sombra de su propia leyenda, su dramaturgia —capaz de dejarlo solo en su propia cima del siglo XX— y unas memorias ahora reeditadas que vale la pena visitar, aun a pesar de la traducción.

texto
Luis Chitarroni

La boca guaranga del Bird, como lo llamaban, que no dejó de rezar, por viscosa o seca que estuviera, su pequeña plegaria, efecto de borracheras felices y de las otras, disimulada sin maestría en la disimulada madurez por un bigote más guarango todavía, ganador de un concurso de modelos masculinos que podía pasar de Errol Flynn a Cantinflas (sin, como suele decirse, solución de continuidad) es la que cuenta en esta autopsia superficial, fisonómica, sin interés por cerebelo ni meninges. A nadie se le escapará que la materia que nos ocupa no es la ornitología sino las memorias de una persona que supo proyectarse como leyenda en su propio tiempo, y que se llamaba Thomas Lanier Williams, conocido como Tennessee, concesión amable al *milieu* del que provenía, río y pantano y mansiones opulentas de columnas blancas. Chozas que improvisan un combo pobre con una tabla de lavar, un peine de dientes enfundados y un palo monocorde. Verano y humo.

Sí, lo llamaban "Bird", pájaro, los conocidos, un reparto variado y no siempre luminoso de amigos, amigos de los amigos, enemigos acérrimos (entre los que no hay que excluir a los críticos teatrales, George Sanders de ópera bufa, séquito contagiado de ludibrio). Sigamos. La nariz decidida y curiosa del Bird, capaz de aspirar el aire pecador del Sur entero o gótico para exhalarlo ante un museo de jesuitas chismosos y convincentes, proclives a dar por cierta su conversión al catolicismo. El pelo siempre escaso o extranjero del Bird sobre la frente ancha que inventó, sumando las penurias de los personajes a las neurosis de los actores, los elencos disfuncionales del siglo veinte más eficaces para resumir un océano de imágenes y escenas: Blanche Du Bois, Tallulah Bankhead, Claire Bloom, la señora Stone (de abrupta primavera sin esperanza), y Kowalsky, Chance Wayne, Ana Magnani, Jon Voight, Burt Reynolds, Burt Lancaster (poco importa que el segundo Burt nunca haya asistido al casting; poco importa en serio el segundo Burt). El ceño despejado del Bird, con su inocencia ajena a la perplejidad, ajena de veras con voluntad angélica (un dulce pájaro de juventud lanzado al aire se convierte, por obra y gracia de la oxidación, en un heraldo negro con voluntad de quiróptero) al infierno que los otros subalquilan (aunque esos otros fueran el morrudo Gore Vidal de sutilezas dignas de Fairbank, el remilgado Paul Bowles de preocupaciones menos estéticas que gastronómicas o un Glenway Wescott glabro, expuesto al sol como moneda cuya ceca es un águila próxima, vecina, no proverbial ni simbólica, en el álbum vetusto de una marica mexicana de las que se atreven a hospedar turistas embriagados por el exceso de hospitalidad). La barbilla sojuzgada del Bird, huidiza, que tantas molestias le debía de procurar, y que el libre albedrío capilar de los setenta le ayudó a mentir: un esmero heroico que subraya como disfraz taimado las mezquindades propias de Natura.

La *hybris* (hubris) del Sur del Bird, que enaltece y deroga los linajes y las virtudes latinas, ejemplo vicioso pero de vigencia convencional, proporciona los ejemplos o los derrocha: un taciturno Poe virginiano contra un educado Poe del Este. Un Pound de Idaho capaz de admitir que perdieron la guerra (de Secesión) quienes merecieron ganarla. Un Bayard Sartoris como víctima solemne de la avidez militar del "reino de este mundo que estaba para mí": el pintoresquismo hegemónico del realismo mágico, ralea sin realeza afantasmada por esa derrota de la inteligencia amparada en los Estudios Culturales. Flannery O'Connor y Carson McCullers. La conveniencia de una atmósfera a la hora de incorporar un mundo. Sí, de nuevo Tennessee Williams: verano y humo.

El libro que con violencia y ternura whitmanianas, de incomprensión simétrica, quisiéramos que leyeran todos son las *Memorias* de Tennessee Williams, veraces hasta el histrionismo y la nimiedad. En su lánguida presunción de audiencia, no de lectores, en su literalidad abnegada o angustiosa ayudan a hacernos creer que una vida es, nada más, una vida, categoría a la vez insuficiente y cuantiosa.

La vida se cuenta a partir del repertorio disponible de figuras a mano, consultorio de la expresión y las emociones. Vidas muy diferentes se adecuan al estilo, y James Joyce termina pareciéndose a Swift (autor al que vía Beckett vía Cioran no admiraba) por la mera publicación de un epistolario. Según C. E. Feiling, Gore Vidal y Raymond Aron compartían conclusiones éticas y comportamientos sintácticos, aunque escribieran en idiomas distintos. Algo que en aras de una lectura técnica quiere decir: las lealtades.

En los años en que las memorias de Tennessee Williams fueron publicadas por primera vez, a fines de los setenta, parecían no parecerse a nada. Sin embargo, parecen parecerse mucho a las que el informe Kinsey despabiló, vigilia dispuesta a deponer el "yo" de los pudores a la veracidad hiperbólica. Tennessee Williams no incurre en ella. Viola el principio de lirismo autobiográfico precedente: de Anaïs Nin a Dorothy Parker, de Henry Miller a Frederick Prokosch, pero no por eso consagra el ímpetu de los alardes a la actividad sexual.



Podemos aprender, vía Tennessee Williams, que un marine entrenado para invadir territorios ajenos puede emitir la quejumbre de su *"pequeña muerte"* hasta siete veces seguidas, pero no averiguar los detalles circunstanciales ni las condiciones políticas que desataron la invasión.

3

Podemos aprender, vía Tennessee Williams, que un marine entrenado para invadir territorios ajenos puede emitir la quejumbre de su "*pequeña muerte*" hasta siete veces seguidas, pero no averiguar los detalles circunstanciales ni las condiciones políticas que desataron la invasión.

En el dejo indiferente y afanoso con que el memorialista cuenta el pasado no deja de advertirse que el dramaturgo más importante del siglo veinte *sabía ya* que su misión carecía de la austeridad y el laconismo exigidos a las obras Verdaderamente Importantes: las declamadas con monótona superioridad metafísica en los escenarios del Gran Hotel Abismo. De Ibsen a Brecht, de Strinderg a Beckett, de Ghelderode a Copi, los arduos demiurgos de estéticas y técnicas ajenas parecen darse el lujo de no inhibirlo. Ni siquiera la variedad de recursos de Lee Strasberg, del taller de al lado, propenso a la tarea de regalarle errores de toda laya. Contra la Historia del Arte, contra la Historia del Teatro (ejecutor de lo efímero en cada una de sus representaciones), Tennessee Williams, el hombre que creció en St. Louis, dueño de una imprudencia local sostenida por la reputación, hace crecer hasta la infancia final que la sucesión atolondrada de anécdotas y episodios, asistida por el vibrato de lo irreconocible, podrá borrar, como un torrente del talento dramático, el acento de un doblaje (en primera persona) de esa materia vital, biográfica, conquistada por la experiencia. La traducción de tal abuso de confianza es igualmente fatídica e inolvidable. Pretende persuadirnos de que los escrúpulos y prejuicios de un idioma pueden ser borrados por otro en el ejercicio de reponerlos a una actualidad dudosa, española. Que esa cátedra corrupta de malentendidos tenga la forma final de un libro es una circunstancia que no podemos repudiar antes de agradecer, como se ha hecho.

T

Sepa por qué no es genético

texto **Naty Mestrual**

¿Cómo explicar cómo uno empieza a travestirse? Se me ocurre enumerar una serie de sucesos que hicieron que yo termine caminando por la ciudad con tacos y pollera.

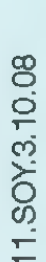
Cuando fui creciendo y sintiendo mis cambios progresivos, llegué a una conclusión: yo me había hecho maricón entre otras cosas por la televisión. Cómo no quieren que salga puto si me crié con el libro gordo de Petete, con esa vocecita de putito, ¿qué era? pájaro, codorniz marica, pingüino trans, nunca lo supe. Encima el nombre: pete... te. Una viene marcada a fuego por la vida. ¿Qué querían que fuera, mecánico del automotor, hachero en el Chaco? Mis dibujitos preferidos: la Pantera Rosa –rosa Dior–; los Autos Locos –me sentía Penélope Glamour–; Heidi, niña virgen y sufrida con el buenito de Pedro al lado que no le tocaba ni una teta en la soledad de la montaña. Heidi seguro era torta y le hacía el cunilingus a Clarita: sí, sí, sí, me lo imagino. Las series de televisión no se quedaron atrás en mi camino travestorro. Los Angeles de Charlie, los Duques de Hazzard y los de Chip, vestidos con pantalones apretados marcando paquete ¡parecían un estereotipo de película porno gay!

Y para coronar esta enumeración televisiva no puedo dejar de nombrar a la reina de las maricas delirantes que fantaseaban con ser ella: Wonder Woman nuestra amada mujer maravilla. El puto no quería ser mujer: ¡quería ser mujer Maravilla! Queríamos el lazo de la verdad porque éramos unas chusmas de mierda, el brazalete que le impedía tragarse alguna bala, el avión transparente. ¡Lo que le costaría encontrar dónde lo había estacionado y limpiarle la cagada de los pájaros! Ese guión lo hacía un maricón fumado.

No tengo más que reírme de esta triste situación de ser llevada a algo tan fuerte como la elección sexual por un medio de comunicación. Aunque no sólo la televisión colaboró. La música, ponele: María Elena Walsh: "El reino del revés" como para que una salga derechita. Pipo Pescador con ese gorro con pompón. "Vamos de paseo, pípipí, en un auto feo... pípipí, pero no me importa... porque llevo torta". ¿Qué? ¿Iba con María Elena Walsh al lado?

Como para no hacerme puto... como para no travestirme.

Y puedo seguir enumerando sin cansarme y ya se me hace tarde: Sandra Mihanovich, Celeste Carballo, Village People, Madonna, Michael Jackson, Pablito Ruiz, Jimmy Somerville... Pero bueno... la vida sigue y si uno no disfruta de lo que lleva como mochila el peso se torna insoportable. Y para terminar afirmando algo que me costó entenderlo: algunos al verme no podrán creerlo pero lo único "que vale es que soy travesti" y me gusta serlo.





texto
Raúl Trujillo
foto
Sebastián Freire

Ariel

Poeta terrorista



Este es el juego de Ariel, suma de **opuestos**. Blanco y negro, calle y entrecasa, directo e insinuante, noble y vulgar.

Ensortijados los cabellos de efebo o **medusa**, imposibles de peinar. Aspecto intencionalmente desprolijo como su barba de tres días. Y otro truco, otra línea: ahora la que define la barba delata esmero y atención.

La piel blanca resalta en la negritud de la indumentaria, coronada por el sombrero que ahora lleva en la mano con **galantería**. Un "pase" de torero. La imagen del tango lejana y de él, nostalgia, arrabal y glamour.

Ojos moros **grandes**, rasgados y delineados... Un truco: aquí hay un lápiz que no sólo escribe poesía.

Impecable, casi corporativo y **neutro**, el *international style* de cuello tortuga y blazer se estremece escrachado por el pañuelo versión de afgano militante. Debe ser leído como valla ambulante y, en el mejor de los casos, causar comentarios y preguntas, que una buena respuesta de Ariel obtendrán. Ese es su valor. Todo hecho es político y las francesas llevaron la bandera del "turbante" durante la ocupación.

¡Vividos, usados... callejeados!
El **denim** ring spugn recién envejecido renovó el mercado a fines de la década anterior. Casi un siglo después de haber sido perfeccionado como tecnología para producir hilos de más resistencia en algodón para uniformes de trabajo y combate. Su apariencia burda a la *ancient* certificó la reedición de los básicos insignia de casi todas las marcas. ¿Vintage?

Las zapatillas a **tono**, para el hábito de errar se prefiere la comodidad.



agendasoy@gmail.com

Ronda nocturna

Certamen. Elección de la Reina de Amerika, concurso imperdible conducido por La Barbi con la ayuda de sus Barbitas.
Viernes a la 1 h en Amerika, Gascón 1040

Compass. Brian Storming presenta su show en el Lado A de Compass. Además, DJ Mataplantas y Dellamónica, entre otros.
Viernes a la 1 h en Niceto, Niceto Vega y Humboldt

Divino. Otra edición de las fiesta Divas & Divos. Esta vez, entre otras cosas, Fok –cantante y fisicoculturista– presentará temas de su disco *Cultura Karaoke*.
Sábado a la 1 h en Niceto, Niceto Vega y Humboldt

Vintage. Lo más nuevo y retro del pop music, todo en una fiesta que raja la tierra.
Sábado a la 1 h en The Sub, Córdoba 543

Osos. Como todos los domingos, la invitación está abierta para que se acerquen los muchachos peludos. El corazón es grande, pero la capacidad es limitada: llegar temprano.
Domingo a las 22 hs en Contramano, Rodríguez Peña 1082

Sentadxs

Mátame. "¿Qué ocurre cuando dos marineros se encuentran encerrados re-calientes en la habitación de un barco?", se pregunta David Costa en su obra de teatro.
Viernes a las 20.30 hs en el Centro Cultural Subsuelo, Ciudad Universitaria, Pabellón 3

Citas. Reestrena *Casa de citas*, dirigida por Analía Couceyro y Ramiro Lehkuniec. Copa de vino, bellas muchachas y textos de Marosa di Giorgio y Alejandro Urdapilleta.
Sábado a las 22 hs en el IUNA Dramáticas, Venezuela 2587

Pelaw. El electropop sensible de Law, cantautor y actor, en la peluquería Prana.
Miércoles a las 18 hs en Prana, Crámer 2383

Extras

Palabra Santa. *Porque la Biblia lo dice* es un documental ganador del Premio de la Audiencia al Mejor Documental en el Festival Internacional de Cine de Seattle, entre otros premios. Dirigido por Dan Karslake, une la homosexualidad y las escrituras bíblicas, y en el proceso revela que las sanciones de la mayoría de las iglesias están basadas en los prejuicios, el desconocimiento y, a menudo, en una interpretación deficiente.
Sábado a las 17.30 hs en el Inst. Teológico Universitario Isedet, Camacuá 282

Viva la diferencia. El escultor Francisco Iskandar presenta su obra *Rebaños*, dentro de la serie *Rebaños y jaurías. Un ejercicio para la aceptación de las diferencias*.
De lunes a sábado de 12 a 19 hs, hasta el 26 de octubre, en el Centro Cultural Caras y Caretas, Venezuela 370



¿Quién se puso mi pechera?

Azoradx por lo que cree su éxito natural, Lux enfila hacia el bar cross de Palermo y pierde a sus candidatxs en los camerinos de donde salen convertidxs en alegres mariposas. ¡Y unx sin los tacos!

Es en vano: por más que quiera, no puedo pasar inadvertidx. Mamá siempre me lo decía: "Es tu aura, Lux, está que arde". Ella me lo decía para no tenerme a upa –por eso mi afición por tía Enriqueta, porque ella no me tocaba ni con un palo–, pero algo de razón debía tener porque yo siento que quemo, me prendo fuego caminando por la calle Córdoba un domingo a las nueve de la noche. ¿No es eso queer power? Yo tendría que haber sido pantera negra, estaba en mis cartas. Pero soy lo que soy y el domingo –sin cambio para el taxi ni monedas para el bondi– fui arrastrando mi estela de chongos hasta el bar de la Coca, esx locx siempre tiene algo para unx... que un cariño, que una cerveza, que una peluca olvidada en un locker que mejora cualquier vestuario. Entré dispuesta al abrazo de la Coca, me topé con las tetas king size de la Bachula, casi dejo un ojo prendido cual prendedor a su escote. Me recuperé, me erguí, traía mi estela a las espaldas cual ofrenda a mis amigxs: "Helos aquí, éstos son mi aporte", les dije a lxs chicxs sin notar que detrás de mí ya no había nada, nada de nada. "No te seguían a vos, Lux; venían a cambiarse antes de que la noche les convierta el aspecto rollinga en calabaza", me dijo la Bachula señalando el baño de donde empezaban a salir cual colegialas con el último ring escolar. "¡A nosotras de mujer, Lux, sacame esa x de encima!", clamaron a coro las transmutadas sin perder ese ánimo gregario que arrastraban desde el Pepsi Music, función reggae. ¡Ay, lxs chicxs! Más ganas me dieron de que se pegaran a mi espalda. Pero no, la Bachula estaba nostálgica y ahuyentó al grupo de mariposas. Que si me acordaba de ese día en que entró a una muestra de arte de traje y portafolio y salió a lo Jackie Onassis con anteojos blancos y tres kilos en el pecho. Que si Superman fuera cross aprendería con ella a salir de la caseta más rápido que unx bomberx. Que jamás de los jamases su esposa lo vio así, de tacos y tetas puestas porque su velocidad para montarse es digna del libro *Guinness*. No quise hacerla callar, pero ahí la dejé mientras me iba prendada de un anca fibrosa, pero bien dispuesta. "Yamila Tall –me susurró la Coca al oído–, 2 metros de músculo cross." Porque de carne, ni hablar. Pero para eso estoy yo, Yamila, encadilate, dulce, la Lux de mi aura puede ser tuya... Error: la Tall ya se iba en brazos de Carlos de día y protegida de la Coca de noche, después de que su esposa durante 18 años lo descubriera montada en sus tacos y con lencería que ni ella. Antes era mecánico, ahora es sencillamente feliz. Mejor me voy a los camerinos; tal vez, si me pongo tacos, la noche se rinda a mis pies. **o**

Cero Consecuencia, Cabrera 3769
crossargentina@yahoo.com.ar



Out

Esa cristalina certeza

texto **Mónica Duva**

Soy la que busca la compañía de aquella monja, joven, simpática, salerosa, y alimenta una fascinación que crece al compás de las cercanías: el ruido de su llavero en un pasillo, el aire perfumado de Henno de Pravia, el roce de su blusa en mi brazo.

Soy la de la foto. La del vestido de quince y la sombra verde en los ojos, un tanto extrañada de sí misma, procurando parecerse a la mayoría sin lograr conseguirlo.

Soy la que se espanta pensando en que el príncipe azul llegue por fin y la vida se vuelva un "para siempre", monótono, aburrido.

En la ventana abierta de mi memoria, un circuito incesante de imágenes se proyecta sin ningún orden, pero también sin ningún azar. Lo que busca se desdobla y multiplica su sentido en cada retorno consciente.

Hablamos murmurando adentro de la carpa para que no se entere el resto que sueña otro sueño. Nuestras caras están muy cerca; tanto, que el calor húmedo de su boca al susurrar orienta la brújula de mis sentidos. Adoro la palabra que nos une por cientos y cientos de minutos, de horas, de días. La palabra excusa, palabra íntima.

¿Hasta dónde puede una adolescente católica practicante acercar su palabra a esa boca? Boca doblemente prohibida por el género y por el hábito.

Leo y releo la epístola de San Pablo a los Corintios. El amor todo lo puede. Quiero tocar el amor, pero abstraigo mi deseo en infinitas meditaciones. Logro que durante un tiempo se torne etéreo. Sin embargo, hay algo ahí que se resiste a desmaterializarse. Vuelve al acecho a pesar de mí y de los apasionados poemas de San Juan de la Cruz que leo o la flecha que quema a Santa Teresa por dentro y la hace levitar por amor de Dios en aquella estampa que conservo para recreación de mi espíritu. Procuro acercar así mis sentimientos a lo sublime. Fallo. Quiero su boca. Cada vez que la veo quiero su boca. Y mi cuerpo frente a ella desmiente cualquier hipótesis acerca de la sublimación.

En el camino del encuentro con una misma son muchos los atajos, pero más aún los desvíos.

Ya habíamos hablado de todas estas cosas con una amiga, pero yo me hacía la desentendida e intentaba convencerla de que todo aquello eran problemitas hormonales típicos de la juventud.

Un día le espeté la pregunta: ¿cómo se hace? Y ella soltó una mano del volante de su Dodge 1500 y con gesto suficiente me mostró primero un dedo, luego dos, luego tres y se rió de mí. Finalmente me acercó con su auto hasta una casa y allí me dejó. Era febrero y yo tenía diecinueve años.

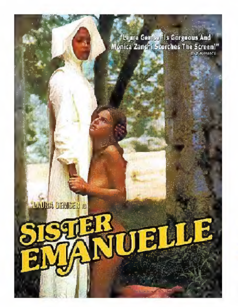
Cuando lo que acontece revela una nueva organización del mundo, los detalles suelen tener un valor ínfimo.

En los veintiún años que siguieron jamás conocí un momento de mayor certeza que aquél. **o**

4 por **Mariano González**

El hábito hace al goce

Monjitas poseídas por el diablo del deseo, monjitas enardecidas por la clausura, son algunas escenas básicas de este subgénero conocido como “nunsploitation” que tuvo su furor en los setenta. ¿Sólo para hombres?



Sor Emanuelle
(1997)

Después del estreno de la mítica *Emmanuelle* en 1974 con Sylvia Kristel, las aventuras de la ninfómana de celuloide más famosa se multiplicaron como plaga. Las hubo con una “m” y con una “l”, negras, orientales, entre caníbales, en Tailandia, en prisión hasta que finalmente después de pasar por cientos de desenfrenadas peripecias, como si fuese la heroína de una telenovela caribeña, Emanuelle se hace monja. Recibe el encargo de encaminar a una nueva y joven novicia. Ella se esfuerza, pero aunque haya tomado los hábitos hay uno que no puede reprimir y es el de sucumbir ante las caricias femeninas. *Sor Emanuelle* representa la forma más básica del nunsploitation, la que asegura al espectador que el deseo sexual es una fuerza incontenible, capaz de traspasar aun las gruesas paredes de un convento.



Historia de una monja de clausura
(1973)

Carmela, la recién llegada, no tendrá respiro. Será acosada por sus compañeras casi de inmediato. Sufre con miradas incómodas, algún comentario o una caricia inoportuna. Finalmente, se produce lo inevitable. La pregunta que se plantea sería: ¿cómo es la sexualidad de una monja? Respuesta: un convento es una fabrica de lesbianas que funciona 24 horas por día. Carmela cuenta con un elemento externo, su novio, que es capaz de escalar las paredes que los separan para poder acceder a ella. Su vida sexual transcurre entonces en ese vaivén, entre las orgías que organizan sus amigas y las apariciones de su furtivo amante. Esta película se centra en la idea del encierro como generador de un comportamiento sexual particular, ignorado por completo por aquellos que permanecen afuera.



Cartas de amor de una monja portuguesa
(1977)

La contribución al genero de Jesús Franco posee una desacostumbrada dosis de sexo y violencia. Como la mayoría de esta clase de films comienza con la llegada al convento de una joven ingenua y virginal. Se llama María y es enviada allí por sus padres como castigo. Lo que ella no sabe es que el lugar es un nido de satanistas. María será sometida sexualmente por una religiosa y luego pasará por una serie interminable de humillaciones que incluyen una violación a cargo del mismísimo diablo.

Alimentada por la carga de sexualidad diabólica impulsada por *El exorcista*, esta película lleva hasta la máxima expresión la clásica relación sádico masoquista (heredera del cine carcelario) siempre presente entre la recién ingresada y las antiguas ocupantes.



Las monjas de san Arcángel
(1973)

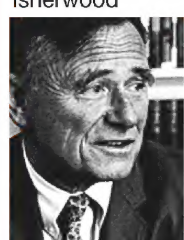
Como si fuese un drama shakespeariano hay amores secretos, conspiraciones en formación y mucho poder en juego, el suficiente como para que una persona con mucha ambición y poca moral esté dispuesta a hacer cualquier cosa para salirse con la suya. Esta persona es la hermana Giulia, que quiere ser la nueva madre superiora. Una de las herramientas que maneja mejor para convencer y/o extorsionar es el sexo, que es el objeto de largas escenas. Este film posee un llamativo cuidado en cada aspecto técnico, cosa poco habitual de este subgénero. Queda en claro que una docena de monjas de clausura bajo presión pueden llegar incluso al crimen para que sus secretos sexuales permanezcan bien enterrados.



Berlín era una fiesta

texto **Claudio Zeiger**

Adiós a Berlín
Christopher Isherwood



¿Quién no conoce *Cabaret*? Detrás de la película de Bob Fosse con Liza Minnelli había un musical de Broadway, una obra de teatro de John van Druten (*Soy una cámara*, de 1951) y más atrás una novela publicada en el conflictivo año 1939 con el sugestivo título de *Adiós a Berlín*. Su autor: Christopher Isherwood. Ese libro, posteriormente reeditado después de la guerra como *The Berlin Stories*, recogía la experiencia berlinesa de un inglés que se sentía acosado por la tristeza y la represión. Y sin embargo, nada se dice de un modo ostentosamente abierto en esta delicadísima —y aun enigmática— novela armada con relatos autónomos donde el narrador es el aglutinante de historias y personajes.

“Me preguntan con frecuencia si lamento no haber expresado abiertamente mi homosexualidad en *The Berlin Stories*. Sí, me hubiese gustado hacerlo, pero hubiese tenido que ser de forma tangencial, porque si no el personaje de Christopher hubiera sobresalido demasiado y se habría destruido el equilibrio entre él y los demás personajes. Si en aquella época lo hubiese presentado como un personaje homosexual, hubiese parecido un poco excéntrico, habría creado una estrella de un actor secundario”, declaró el autor en una de las míticas entrevistas de *Gay Sunshine*.

Así y todo bastante se habla de homosexualidad en *Adiós a Berlín*, y es uno de los libros claves a la hora de fijar el imaginario del joven inglés de clase alta deslumbrado con los muchachos proletarios. En este libro se refleja la situación de la clase obrera alemana en medio de una enorme penuria económica, que los llevaba a ingresar en la política como carne de cañón o a prostituirse con los aristócratas. Isherwood no quedaría conforme con la visión del flirteo entre el narrador y Sally Bowles en *Cabaret,* ya que le pareció fuera de lugar. Para él, no había dudas de que su personaje era gay y no se iba a ver arrastrado a ese flirteo.

Adiós a Berlín es un libro que causa la extrañeza de tener un núcleo que todo el tiempo se escapa. Pero sus historias son igualmente disfrutables y con un alto valor testimonial. Isherwood fue uno de los escritores de un grupo, en el que se podría incluir al poeta Auden, que hicieron aportes en el ámbito literario y en el militante con bajo perfil, pero logrando una postura constructiva y positiva. Murió en California en 1986, donde vivió desde finales de la Segunda Guerra.



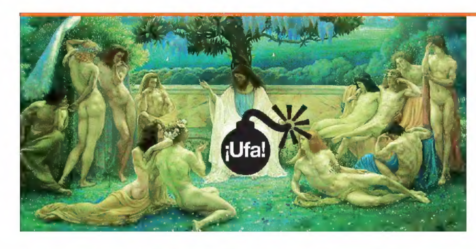
Tú me quieres blanco

Clay Aiken, estrella de *American Idol*, salió del closet empujado por su reciente paternidad, después de negarlo hasta el ridículo. ¿Será una manera *blanca* de asumirse gay ésta de presentar al mismo tiempo a la familia?

texto **Mariana Enriquez**



En Estados Unidos, Clay Aiken es un ídolo popular, el ganador de la segunda temporada de *American Idol* (en 2003); fuera de su país, no es una estrella tan enorme, cosa que tiene que ver con que cada país tiene su versión local del concurso, y así sus propios ídolos, que suelen ser efímeros. Pero Clay no: Clay supo mantenerse, grabar cuatro discos, ser embajador de la Unicef y hasta contar con un enorme grupo de fans que se hacen llamar "Claymates", por lo general gente de todas las edades, de extracción clase media conservadora. Ganó la encuesta de *TV Guide* como la estrella de reality "más querida" y en *People*, la del *American Idol* favorito. Una rara popularidad para un personaje raro: aniñado, algo excéntrico, pelirrojo, con un look de niño de Dickens, más cerca de Liberace que de un sex symbol convencional, de voz plena y baladas melosas, definido por ciertos medios como "asexual". Ahora, bien: hace un mes, Clay Aiken dio a conocer que había sido padre, y que la madre era Jaymes Forster, la productora de sus últimos dos discos, y su "compañera". Lo de "compañera" fue desmentido enseguida por él mismo en la revista *People*, donde posó con el niño en la tapa y salió del closet. "Decir públicamente que soy gay fue la primera decisión que tomé como padre. No voy a criar a un hijo mintiendo u ocultando." Agregó que "va a ser difícil para mis fans, tanto porque es un hijo fuera del matrimonio como por mi homosexualidad. Espero que no me odien". Glaad —Alianza de Gays y Lesbianas contra la Difamación, según la traducción de la sigla— emitió un comunicado de felicitación a Aiken, y lo mismo hicieron algunos compañeros del mundo del espectáculo recién salidos del closet, como Lance Bass (ex N'Sync). Pero también hubo quien frunció el ceño. Aiken asegura que es cristiano *new born*, durante mucho tiempo tuvo sus canciones en las listas de ventas de los artistas evangélicos, y jamás movió un dedo para cuestionar la prédica antihomosexual —y sumamente violenta— de las iglesias norteamericanas. ¿Se quedó en el closet cínicamente, el suficiente tiempo como para amasar unos dineros y cimentar su base de fans? Por otro lado, el rumor sobre su sexualidad ya era un alarido. Y sin embargo, como publicó esta semana *Newsweek*, "lo negó hasta el ridículo, y lo hizo de una manera que bordeaba la homofobia". Otros también se preocupan por una tendencia que, al menos, permite pensar en cuán profundo es el deseo de "normalizarse", de ser aceptados, y lo poco que está preparada la sociedad para aceptar la diferencia como tal, y punto: Clay Aiken salió del closet con un hijo, como lo hizo Jodie Foster, como quizá lo haga Ricky Martin. Como si, al formar una familia, la sexualidad resultara menos desafiante, más domesticada, o pasara a un segundo plano. o



El infierno en la Tierra

Benedicto XVI y su cruzada por lavar cualquier signo de diversidad en feligreses y referentes.

"Dentro de 20 años, Ratzinger estará donde tiene que estar, es decir, en el infierno, atormentado por diablos maricones activísimos." La frase, dicha en el contexto de un mitin humorístico "antipolítico", tuvo en vilo desde julio a la comediante Sabina Guzzanti, quien podría haber sido enjuiciada por haber ofendido al Papa, "persona sagrada e inviolable", según las leyes italianas. Finalmente, fue Benedicto XVI quien en su "extrema magnanimidad" eligió dejar sin efecto la querella, según comunicaron fuentes del Vaticano la semana pasada. Sin embargo, la amenaza de estar rodeado de homosexuales —ángeles o demonios, da igual— parece ser la pesadilla que persigue a la cabeza de la Iglesia Católica. En 2005, acorralado por la cantidad de denuncias de abusos sexuales contra menores por parte de sacerdotes católicos, Ratzinger quiso cortar por lo que él considera sano y prohibir la existencia misma de sacerdotes homosexuales, empezando por los aspirantes a seminaristas, olvidando que la homosexualidad no es sinónimo de pederastia. Y aunque todavía no se difundió el método para la selección de la raza sacerdotal—, la Santa Sede no se detiene en su cruzada por lavar a sus referentes y feligreses hasta quitarles cualquier matiz de diversidad. Así, el cardenal John Henry Newman —teólogo inglés del siglo XIX— vería interrumpido su descanso eterno por voluntad del Papa, quien decidió beatificarlo a fin de este año, siempre y cuando se lo pueda separar *post-mortem* de quien fuera su amoroso compañero en vida, el padre Ambrose St. John, y junto a quien pidió ser enterrado en su "última e irrevocable voluntad". Desde 1890, los restos de ambos curas se desintegran en feliz armonía en un cementerio de su pueblo natal, Rednal, pero Benedicto podría romper el hechizo de amor *post-mortem* llevándose los huesos de Newman a un oratorio en Birmingham. "Desde el principio me amó con una intensidad incalculable (...) Yo fui su primero, su último", escribió el cardenal en su diario en 1864, una de las tantas anotaciones dedicadas a Ambrose, a quien lloró con más dolor que "un esposo". Mientras la polémica sigue abierta —hay quienes dicen que no hay pruebas de que los sacerdotes hayan tenido intimidad sexual, quienes afirman que no hace falta tener sexo para ser homosexual y quienes piden que si se traslada a uno se traslade a los dos porque ésa era su soberana voluntad—, Ratzinger volvió a dar fe de su bien cultivada homofobia: esta misma semana rechazó al embajador propuesto por Francia, Jean-Loup Kuhn—Delforge. Por muy católico que se diga, el hombre es un gay declarado cuyo último apellido corresponde al hombre con quien convive. Al parecer, Benedicto teme que el infierno esté en la Tierra y que los diablos de los que habló Guzzanti ya estén queriendo atacarlo. o



Si te discriminan, LLAMANOS.

Celebremos la diversidad.
Los mismos derechos
para TODAS y TODOS.

0800-999-2345

www.inadi.gov.ar | denuncias@inadi.gov.ar

Moreno 750 - 1º P. - C 1091 AAP - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

